

LAS MIL Y UNA NOCHES DEL IDIOMA

ARQUITECTO GERMÁN TÉLLEZ CASTAÑEDA*

Mas aquéllos que no creen, igual será que los amonestes o no los amonestes. No creerán.

Glorioso Corán

Las gentes hispánicas que se aprestaban a emprender el largo e incierto viaje a través del mar Océano, desde la tierra de Al-Andalus hacia el Nuevo Mundo, se reunían en los puertos situados en la desembocadura del Gran Río, en árabe *guadalquivir*. Hablaban un singular idioma, mezcla de raíces del latín vulgar dejado siglos atrás en Iberia por legionarios y pobladores romanos, con vocablos hebreos y griegos aquí y allá, más el fluir del habla de los persistentes invasores islámicos ahora expulsados por los cristianos venidos de las comarcas del norte. Extraños dialectos éstos, con acentos ásperos y broncos, o de musical sensualidad, según el oído de cada quien: la lengua que les permitiría a conquistadores, y luego pobladores, del Nuevo Mundo algún modo de comunicación entre sí estaba hecha de sedimentos de otras lenguas de sucesivos invasores.

Con el tiempo se tornaría en el habla, o las numerosas hablas, de las provincias de Ultramar, habiendo incorporado, a su vez, los vocablos y el decir de esos lenguajes nativos que los misioneros europeos se vieron obligados a conocer y dominar, para

ingresar mediante ellos al alma que sí tenían los habitantes aborígenes de las provincias de Ultramar.

Ese imperio hispánico estaba destinado a ser el más urbanizador y más constructor de la historia, siguiendo la pauta romana de la dominación mediante el establecimiento de ciudades y vías de comunicación. Una vez fundadas las versiones nuevas de los campamentos militares romanos en el nuevo continente, habría que emprender la formidable tarea de construir y la no menos ímproba de habitar. Por cada cabaña de troncos o tablas levantada en el norte del continente americano por colonos ingleses, franceses u holandeses; españoles y portugueses dejarían, desde Centroamérica hasta el estrecho de Magallanes, para el futuro, entre 70 y 150 casas en tapia, adobe y ladrillo con aiosos tejados de arcilla colocados en elegantes armaduras de maderas tropicales. Por cada iglesia protestante en madera en el norte de América, la gente hispánica construiría 30, 40 o más templos con la más delirante decoración dorada imaginable de uno a otro extremo de sus dominios.

* Arquitecto, Universidad de Los Andes. Maestro en Bellas Artes, Universidad de Los Andes. Magíster en Restauración de Monumentos Arquitectónicos MRMA, Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: germantellezc@hotmail.com

La verdadera grandeza del imperio hispánico no estuvo en sus instituciones monárquicas, tan dificultosamente mantenidas en las provincias de Ultramar, sino en su legado de formas construidas. En la precisión tecnológica y unánime hermosura con la cual éstas surgieron de las manos de los artesanos que asumieron la tarea gigantesca de construir, en el gélido aire tenue de las alturas andinas, los desiertos suramericanos, las selvas tropicales al borde del mar Caribe, o en los confines de la *tierra firme*, donde los llevara su propio y azaroso destino. Éstos fueron alarifes (*al-arif*, constructor en árabe), albañiles (*al-banyul*, en árabe), carpinteros, herreros, pintores, ebanistas, entejadores, enjalbegadores (vocablo árabe), encaladores. Su lenguaje se transformó, gradualmente, en los grupos de trabajo gremiales y familiares organizados a la manera medieval en los dos imperios, el hispánico y el lusitano. Por algún azar (vocablo árabe) esto sucedió más intensamente en el Nuevo Reino de Granada.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, en algún encuentro internacional de lingüistas, varios de ellos expresaron su interés por una constatación investigativa que los seducía: el mantenimiento en uso activo, en Colombia, de una altísima proporción de vocablos de origen árabe. No se trataba solamente del frecuentísimo ¡*Okb Allab!*, del ¡*Ajab!* usual en la costa Atlántica o del coloquial ¡*Allab!* transformado en “ala” en versión bogotana o santandereana. En pleno siglo XX, el de la contaminación lingüística en el ámbito mundial, del “spanglish” y el “computerspeak”, los colombianos usábamos todavía almohadas, guardábamos provisiones en alacenas; y, aún, andamos con frecuencia por el atajo, empleamos alicates, adquirimos algo en un

almacén (¿o un *al-mahazén?*) y escogemos, (no muy bien) nuestros alcaldes. Nos complacen los aromas del azahar, alhelí y albahaca pero ya no nos paseamos por alguna alameda aunque disfrutamos ocasionalmente de un alfajor o una albóndiga y más de ese pan ácido y tierno de origen medio-oriental, la almojábana.

En las artes y oficios neogranadinos y luego colombianos se produjo una continuidad tradicional lingüística de los arabismos tan notable que, en el campo de la construcción, la arquitectura y especialmente las actividades de conservación del patrimonio construido dio lugar, finalmente, en el 2003, al trabajo de tesis para optar por la Maestría en Restauración de Monumentos Arquitectónicos en la Pontificia Universidad Javeriana por parte de la arquitecta Brigitte Guerra Obando, el cual se ofrece aquí de doble manera: como material de consulta para expertos, estudiantes y profanos, publicado como un número especial de la revista *Apuntes* del Instituto Carlos Arbeláez Camacho para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano, por una parte, y, por otra, aun más importante, como un hermoso regalo para el intelecto, para el saber y para el habla. Es vital, en primer término, conocer los nombres de instrumentos, herramientas, materiales, técnicas constructivas o elementos arquitectónicos, en especial si éstos inciden en las ideas y las acciones tendientes a la conservación de formas construidas del pasado. Pero no se trata aquí, como alguien temió, de otro diccionario de arquitectura sumado a tantos ya existentes. El léxico incluido sólo abarca lo que puede apretar bien: la teoría y la práctica de los oficios de la construcción y, por consiguiente, de la restauración de edificaciones de cualquier época en territorio colombiano.

Que esté organizado alfabéticamente, como un diccionario o un directorio telefónico, es, ciertamente, otra cosa.

Habría que admitir que incluso la arquitectura contemporánea requiere, en alguna medida, una correcta nomenclatura y un idioma escrito y verbal de buena extensión, para escapar al gradual empobrecimiento del lenguaje que describe sus componentes y su condición.

Ese idioma plagado de arabismos, producto de más de seis siglos de dominio islámico del sur y el centro de la península ibérica, era, ya en el siglo XV, un producto final, dispuesto para ser exportado al mundo nuevo que prometía ser el paraíso, a través del filtro de las comarcas reconquistadas al Islam. No es raro, entonces, que la huella más profunda en ese idioma fuese la de los varios lenguajes de procedencia árabe implantados en los reinos sevillano, nazarí y cordobés, el que hablaban los maestros constructores y carpinteros cuyos descendientes habrían de entonar los mismos vocablos en el medio geográfico americano.

Es vital conocer el origen de las palabras o éstas carecerán de sentido profundo

y de belleza verdadera. Los latinismos vendrían junto con los arabismos y ya no es posible dilucidar exactamente por cuáles vericuetos de la historia lingüística se internaron las culturas en torno al mar Mediterráneo para tomar, unas de otras, términos y léxicos completos. La misma pieza de madera se llamaría par, lima o alfarda. Lo importante aquí es preservar esa riqueza expresiva y ese origen complejo.

Cada noche, el maestro carpintero o el alarife en Santa Fe o Cartagena de Indias reuniría a sus aprendices y descendientes y daría una nueva lección sobre su oficio, las destrezas que era necesario dominar, los secretos que no debían trascender el círculo gremial. Esto sería análogo al modo según el cual se dice que ocurrieron los relatos que duraron mil noches y una noche en la historia de Bagdad, en la más pura tradición árabe. Pero no serían éstas veladas pletóricas de recuentos de aventura, erotismo y poesía, sino las noches, una y mil y muchas más, del idioma, internándose en los laberintos del lenguaje para aprender a pensar, para percibir “la inteligencia de las manos”, para sentir y dejar una tarea tras de sí capaz de trascender su propia y efímera condición.

